

**Domingo XXX del TO
Ciclo A**



29 de octubre de 2023

Ex 22,20-26

Sal 17

1 Tes 1, 5-10

Mt 22, 34-40

P. Eduardo Suanzes, msp

Los saduceos, un grupo religioso-político de Judea que no creía en la resurrección acaban de estar con Jesús tratando también de hacerle caer en la trampa con aquel cuento de la mujer que se casa con siete hermanos y uno a uno van muriendo. Pero Jesús les deja callados. Ahora son los fariseos los que habiendo escuchado el fracaso estrepitoso de sus rivales los saduceos, creen poder cazar a Jesús. Se le acercan con una pregunta y ésta se explica, porque los fariseos contaban 613 preceptos en la ley. Había que saberlos y practicarlos todos. Jesús responde con la integración de los dos amores, que Él vive en su interior como un fuego que le abrasa y que polariza su vida: el amor al Padre y el amor al hermano.

Habla Rubén, un joven judío estudioso de la Ley¹

Reconocí de inmediato los versículos combinados del Deuteronomio y del Levítico, pronunciados con un inconfundible acento galileo por aquel *rabbí* para mí desconocido, pero cuya presencia había despertado enorme expectación en Jerusalén. Ya llevaba varios días en la ciudad y había oído hablar de él porque acostumbraba a predicar en la explanada del Templo. Les cuento lo que me pasó.

Yo soy hijo de un fervoroso fariseo, que desde pequeño me inscribió en una escuela rabínica para llegar a ser lo mismo que él: un especialista en la Ley. Su sueño era verme convertido en un maestro del saber, lo cual me daría, según él, una influencia y un prestigio que nunca alcanzaría por otros caminos.

Estaba pasando los mejores años de mi juventud dedicado a escudriñar las Escrituras y sometido a una disciplina que se me había ido volviendo cada vez más insoportable. No me pesaban tanto las horas de estudio como la sensación creciente de que las enseñanzas que recibía y trataba de asimilar, caían sobre mí como una carga agobiante que me asfixiaba. Las discusiones entre nuestros maestros y sus interpretaciones de la Torah (613 preceptos, de ellos 248 mandamientos positivos y 365 prohibiciones...) eran tan enrevesadas, que yo tenía cada vez más la sensación de vivir oprimido bajo un yugo parecido a la esclavitud que vivieron nuestros padres en Egipto y me sentía atrapado dentro de una red tejida con los hilos sutilísimos de disquisiciones y prescripciones.

¹ Basado en un relato de DOLORES ALEIXANDRE. *Contar a Jesús. Lectura orante de 24 textos del Evangelio*. Ed. CCS. Madrid 2004

Estaba paseando, para despejarme, por la explanada del Templo cuando mis maestros de la Ley me invitaron a acompañarles, pues quería poner una trampa a ese galileo insolente. Los saduceos habían fracasado porque son unos ignorantes sin remedio, pero ellos, expertos de la ley, no lo harían. La situación en que me encontraba hizo que las palabras de la Ley pronunciadas por aquel galileo llegaran hasta mí como una ráfaga de luz. Ese tal Jesús había respondido con una cita expresa de la Escritura, del Deuteronomio: «*Amarás al Señor tu Dios con todo tu corazón, con toda tu alma, con toda tu mente*». Son parte de las palabras que cualquier judío piadoso recita todos los días, al levantarse y al ponerse el sol. En fin, fue intachable su respuesta, pero nada de original. Lo sorprendente es que no se quedó ahí. Le habían pregunta por **el mandamiento principal** y añadió un segundo, tan importante como el primero, esta vez citando al Levítico: «*Amarás a tu prójimo como a ti mismo*». ¡Zas!. Un rayo atravesó mi alma: en un momento lo entendí todo. Estaba diciendo que para llegar a Dios, había que dar necesariamente el rodeo por el hermano. Estaba diciendo que Dios y el prójimo no eran magnitudes separables y que, por tanto, el amor a Dios no era más importante que el amor al prójimo. Y concluyó: «*De estos dos mandamientos penden la Ley entera y los Profetas*»²

Entonces, (yo me devanaba los sesos), si lo central de la Ley era amar a Dios y al prójimo ¿por qué vivíamos abrumados y ciegos, encerrados en los calabozos y prisiones que nosotros mismos nos construíamos? Traté de imaginar cómo sería nuestro Dios-Amor: alguien que no exige sometimiento de siervos, ni se complace en acumular sobre nosotros leyes, normas y obligaciones, un Dios que viene a nuestro encuentro a aligerarnos de cargas y a liberarnos de yugos; un Dios sanador de heridas y reparador de brechas; un Dios cuyos rasgos eran: el amor compasivo y fiel, el perdón y la gratuidad.

Me di cuenta, con sobresalto, de que el galileo había omitido (¿voluntariamente?) cualquier referencia a cualquier prohibición y a cualquier reacción vengativa de Dios. Había omitido (¿voluntariamente?) cualquier referencia a normas de cumplimiento, de rezos y de subidas al Templo, de ayunos y prácticas religiosas. Nos quedamos todos callados, con los ojos fijos en él.

Comprendí de pronto, como cuando un rayo cae en un día de tormenta agitada, cómo esa respuesta de Jesús iluminaba de pronto la Ley que antes me agobiaba. Siempre había creído que al acercarme a los necesitados, a las viudas, a los huérfanos, a los inmigrantes, en una palabra, a los últimos, era yo el que les daba algo. De pronto vi con luz meridiana que al acercarme a los últimos son ellos los que me abren una ventana misteriosa por la que me encuentro con Dios: ellos me ofrecen la posibilidad de encontrarme con Dios. Por eso es que el galileo citaba solo esos dos mandamientos.

¿No estaba anunciándome en aquel preciso momento que el Dios que deseaba encontrar se estaba aproximando a mí, que estaba descendiendo con su luz hasta el abismo de tinieblas en que me encontraba?

² Cfr. JOSÉ LUÍS SICRE. *Aprenda a salvarse en treinta segundos*. En www.feadulta.com

Me sentía sobresaltado y confuso pero no tuve ocasión de seguir pensando. Alguien me dijo, ante la cara de estupefacción que seguramente tenía, que desde hacía un tiempo ese galileo andaba por los caminos, sin domicilio fijo, rodeado de un grupo de desarrapados y anunciando la venida de no sé qué reino que está a punto de llegar... y que hacía unos días había entrado en Jerusalén montado en un borrico. El tal Jesús seguía hablando con mis maestros, pero apenas pude escuchar sus palabras: me había dado la vuelta sin darme cuenta, retirándome sin saber a dónde, hacia la ciudad alta, creo, sumergido ya en otra historia.

No supe ya nada de él sino hasta cuando lo vi cargando una cruz por las calles de la ciudad directo al patíbulo, vistiendo la túnica blanca de los locos: justo al doblar la esquina de la callejuela de mi casa me encontré directamente con su mirada. Yo estaba con mi maestro. Pude oír que dijo: «—¿lo ves Rubén? El amor al Padre se hace visible entregando la vida por los hermanos». Y en aquel preciso instante recibió de mi maestro una bofetada que lo tiró al suelo.

Ahora ha pasado mucho tiempo y pertenezco al grupo de los que, después de su resurrección, seguimos empeñados en continuar haciendo, en memoria suya, lo mismo que el hizo: dar la vida a Dios dándonos a los hermanos. Y eso es lo que expresamos todos los domingos cuando nos reunimos para la fracción del pan.